

PRIMERA BIOGRAFÍA ESPAÑOLA DEL INGENIERO ISIDORO ZORZANO*

Los estudiantes solíamos alimentar las esperanzas de que algún profesor no acudiese a darnos su clase. En cambio, no lo deseábamos así cuando se trataba de las lecciones de don **Isidoro**: en su caso, nos alegraba el verlo llegar». Estas palabras de **Matías Prats** pertenecen a uno de los centenares de testimonios y anécdotas que recoge **José Miguel Pero-Sanz** en su libro sobre **Isidoro Zorzano**, recién publicado por la colección «Biografías M.C.» El conocido locutor deportivo y taurino fue alumno de **Zorzano** en la Escuela Industrial de Málaga, donde Isidoro era profesor de Electrotecnia, por los años 30.

Los católicos lo tenían difícil. Para frenar el ascenso profesional de **Isidoro**, ingeniero en los Ferrocarriles Andaluces, su jefe inmediato esgrimía un argumento: «¡Qué clase de ingeniero es ése que va a Misa todos los días!» Para entonces, **Zorzano** ya sabía que ser santo exige la gracia que Dios proporciona en los sacramentos.

ARGENTINA, LOGROÑO, MADRID

Había nacido en Buenos Aires (13-IX-1902), de padres riojanos emigrantes en Argentina. El padre murió al poco de regresar los Zorzano a Logroño, donde **Isidoro** coincidió, durante sus estudios de bachillerato, con el **Beato Josemaría Escrivá**. Terminada en Madrid su carrera de Ingeniero Industrial, **Isidoro** será uno de los primeros miembros del Opus Dei; fundado por su antiguo condiscípulo.

Isidoro había enseñado a su madre -carente de una sólida formación cristiana- a rezar las oraciones que aprendió en el colegio logroñés de los

Maristas. Pero, ya en Madrid, tampoco él mismo sentía especiales inquietudes religiosas. Le ocupaban sus estudios, sus amigos y amigas, y sus aficiones: el monte, la filatelia, construir radios de galena... Era, eso sí, responsable y sacrificado. Como la familia se había arruinado, **Isidoro** caminaba cuatro veces diarias el largo trayecto desde casa -en la Plaza de España- a la Escuela de Ingenieros; y cuando su madre le decía que se hiciera un traje nuevo, replicaba: «*Que se lo hagan Paco o Chichina* -los hermanos menores- *que son más jóvenes*».

MIEMBRO DEL OPUS DEI

Hasta no asegurar el futuro de su madre y hermanos, **Zorzano** declinaba las perspectivas matrimoniales que se le ofrecían. Sus amigos malagueños recuerdan cómo, entre otras jóvenes, le rondaba una cuya fortuna superaba los cuatro millones: ¡millones de 1930! Pero, precisamente en 1930, descubrirá su vocación de dedicación plena a Dios, en el Opus Dei. El **Beato Josemaría** le fue introduciendo por los caminos de la vida interior. **Isidoro** escribirá: «*Llevo tus cartas siempre en el bolsillo para leerlas de vez en cuando, pues son verdaderas meditaciones...*»

Isidoro fundó en Málaga la Federación de Estudiantes Católicos; el santo Obispo **D. Manuel González** le pidió que formase parte de la

primera Junta Diocesana de Acción Católica; también será tesorero de la Casa del Niño Jesús... Pero lo suyo era, sobre todo, santificarse con el quehacer civil: en los Ferrocarriles, en la Escuela Industrial, en el naciente Colegio de Ingenieros Industriales (del que fue cofundador y primer Secretario), o en la Sociedad Excursionista de la que era directivo. Todos le querían.

Cuando llegaron las tensiones políticas de 1936, ni las derechas ni las izquierdas conseguían nombrar en la Excursionista un Presidente de su agrado: alguien sugirió el nombre de **Zorzano** y fue elegido por unanimidad. No llegó a tomar posesión: un conciliábulo de comunistas y anarquistas había decretado su muerte y hubo de dejar Málaga.

GUERRA ESPAÑOLA

Tampoco el Madrid de la guerra era lugar cómodo. La Embajada de Argentina le ofreció sacarlo de España. «*Obra con enterísima libertad*» le dijo el Beato Jo-

En los Montes de Málaga (1935).



semaría. La decisión de **Isidoro**, siguiendo los ejemplos del Fundador, fue heroica: «*Me quedaré para hacer compañía a los otros y poderme hacer cargo de la casa* -la nueva residencia del Opus Dei, para universitarios- *cuando esto se normalice*».

A decir verdad, la protección de Dios y del Ángel Custodio era patente. Sólo un proyectil entró en casa de **Isidoro** (i en su propia cama!): era el único día en que, al sonar las alarmas, **Zorzano** había bajado al sótano. Durante tres años arriesgará, cada día, su vida en servicio de refugiados, presos, etc. La policía no lo detuvo hasta enero de 1939, cuando ya no había peligro de que lo condenasen a muerte.

RENFE

Terminada la guerra volvió a su tarea profesional, en la RENFE, ¡a las órdenes del mismo jefe que lo atribulara en Málaga! Para llegar puntual a la oficina, después de hacer su oración mental y vivir sin precipitación la acción de gracias de la Misa, se levantaba a las 5 de la mañana. Por la calidad de su trabajo y la delicadeza de su trato, los compañeros y subordinados decían: «*Don Isidoro es un santo*».

Los empresarios que lo conocían se lo rifaban: querían llevárselo a los talleres Devis, de Valencia; como director de una Azucarera... Pero su sitio estaba en Madrid: después de



Isidoro con su madre, su hermana Chichina y su prima Elvira (1930).

la jornada en la RENFE, tenía el

encargo de administrar los centros del Opus Dei, cuyos miembros pensaban —dirá Laureano López Rodó— *«que se trataba no de un hombre bueno, sino de un santo de tomo y lomo»*.

A mediados de 1941 se le diagnosticó un Hodgkin (cáncer linfático). Siguió al pie del cañón: en la oficina se le notaba *«un estado de debilidad y agotamiento tal que, siendo muy joven, parecía un hombre totalmente agotado»*; pero sus hombres necesitaban al ingeniero que, sin dejar de exigirles un trabajo serio, les enseñaba cómo hacerlo, defendía sus derechos y los protegía del atrabiliario jefe común. A media mañana, cuentan, *«alguna vez trataba de comer una manzanica; pero era tal su estado que nunca llegaba a terminarla»*.

El Beato Josemaría y sus hijos del Opus Dei cuidaban de Isidoro y procuraban que descansase. Pero no podían evitar contratiempos, como el del médico inexperto que le inflamó el brazo con una inyección fuera de vena. A la pregunta de por qué no había protestado, Isidoro respondió: *«El médico era*

novato, y con alguien tenía que aprender».

A LA CASA DEL CIELO

Hospitalizado en enero de 1943, un tormento cotidiano será el de comer. Un día, el Beato Josemaría le daba las cucharadas a la boca y decidió interrumpir la tortura; pero Isidoro —que ofrecía sus molestias por la Iglesia— replicó: *«No, Padre: hasta el final»*. En la noche del 14 al

15 de julio, Sor Antonia —religiosa enfermera del Sanatorio de San Francisco de Asís— le habla de que pronto llegará al Cielo. Isidoro apenas puede susurrar: *«Así lo espero y lo estoy deseando vivamente»*. De hecho, a los miembros del Opus Dei que lo acompañaban noche y día, desde hacía meses, les venía asegurando: *«Ahora sí que os podré ayudar desde la casa del cielo»*.

Quedó bien demostrado con los miles de favores —muchos extraordinarios— que desde su marcha al Cielo (15-VII-1943) proporciona Isidoro con su intercesión. En 1948 se abrió el Proceso Informativo para su Canonización.

Después de leer la magnífica biografía —documentada, pero escrita con sencillez y cariño, por Pero-Sanz—, se comprende que pronto estará en los altares este ingeniero argentino, simpático, humilde, trabajador y fiel a su vocación. Cuando murió Zorzano, el Beato Josemaría había dicho: *«Tengo la convicción absoluta de que no ha pasado por el purgatorio»* ■ Francisco J. Colino

* JOSÉ MIGUEL PEROSANZ. *Isidoro Zorzano*. PALABRA. Madrid, 1996. 446 págs.